

La columna de...

CARLOS GONZÁLEZ RIVAS,
DIRECTOR EJECUTIVO FUNDACIÓN INTEGRAL

35 años reconociendo derechos: con amor y compromiso por la niñez

Agosto es un mes relevante y simbólico para quienes fomentamos el poder transformador de la educación y respetamos los derechos de la niñez. Hace 35 años, el Estado de Chile ratificó la Convención sobre los Derechos del Niño, reconociendo a niñas y niños como sujetos de derechos y ciudadanos activos de nuestra sociedad. Un hito que coincidió con el nacimiento de una noble institución educativa que, desde sus orígenes, ha contribuido a ese mandato con un propósito compartido y un sentido profundo: Fundación Integra.

Avanzaba 1990, y con la recuperación de la democracia, surgió Fundación Integra con la misión de garantizar el derecho de la niñez a una educación parvularia pública, gratuita y de calidad, especialmente para niñas y niños que viven en contextos de vulnerabilidad. Hoy, tres décadas y media después, más de 82 mil niñas y niños asisten diariamente a nuestra red de más de 1.200 salas cuna, jardines infantiles y modalidades no convencionales en todo el territorio nacional. Allí, con equipos amorosos y comprometidos, aprenden jugando, desarrollan habilidades fundamentales para toda la vida y ejercen plenamente sus derechos en espacios educativos amorosos, inclusivos, sanos, seguros, protectores y sostenibles. Son protagonistas de sus aprendizajes, y están en el corazón de nuestra gestión institucional como personas únicas e irrepetibles.

Pero este camino no ha estado exceptuado de desafíos y transformaciones. Todavía existen niñas y niños que no acceden a la educación parvularia por diversas situaciones, lo que nos recuerda que no podemos conformarnos. Debemos seguir avanzando en la construcción de una educación transformadora más humana y sostenible, que ofrezca múltiples y simultáneas oportunidades de aprendizaje oportunas, pertinentes y significativas, que reconozca y valore la trayectoria educativa de cada niña y cada niño desde la sala cuna.

En Fundación Integra comprendemos que los cambios significativos ocurren cuando las palabras se transforman en realidad. Así lo declaramos en nuestra Carta de Navegación 2024-2026, donde reafirmamos nuestro compromiso de trabajar "con amor y compromiso por la niñez". Esto implica promover una educación basada en una convivencia bientratante, fortalecer la labor educativa conjunta con las familias y reconocer a las trabajadoras y trabajadores como garantes de derechos y agentes de cambio social. Todo ello, con el objetivo de garantizar contextos educativos respetuosos del bienestar integral de niñas y niños, donde el amor, el buen trato, la escucha activa y el respeto mutuo sean elementos esenciales del quehacer diario institucional.

La violencia, en cualquiera de sus formas, deja huellas profundas. Sabemos que las experiencias tempranas marcan el desarrollo pleno de niñas y niños, por eso insistimos en que cada espacio educativo debe ser un lugar seguro donde se eduque, se cuide, se proteja, se repare y se acompañe. Donde cada niña y cada niño se sienta escuchado, querido y valorado. Porque su bienestar integral es —y debe seguir siendo— una prioridad en cada sala cuna, jardín infantil y modalidad no convencional.

A 35 años de la ratificación de la Convención y del nacimiento de Fundación Integra, renovamos nuestra convicción de que educar es, como decía Paulo Freire, un acto de amor y de valentía. Amor para acoger, cuidar y confiar en el otro; valentía para transformar estructuras, resistencias y prácticas que aún perpetúan la violencia, la discriminación, la exclusión o la indiferencia.

Porque todas las niñas y todos los niños tienen derecho a ser felices y desarrollarse de manera holística con dignidad, en plenitud

La columna de...

TERESA VALLE,
PSICÓLOGA DE GRUPO CETEP

Solidaridad y bienestar: el poder de ayudar a otros para sentirnos mejor

El 28 % de las chilenas y chilenos ha participado en labores de voluntariado en el último año. Más revelador aún es que, para un 42 % de quienes colaboran, la principal motivación no es económica ni ideológica, sino emocional: lo hacen porque les hace sentir bien. Este dato, aunque pueda parecer anecdótico, encierra una verdad esencial sobre nuestra condición humana: ayudar a otros no solo cambia vidas ajenas, también transforma la nuestra.

Participar en actividades comunitarias, acompañar a alguien en situación vulnerable o incluso ofrecer un gesto amable en lo cotidiano activa en nosotros emociones que fortalecen nuestra salud mental, como la gratitud, empatía y la esperanza. Son sensaciones que no solo mejoran nuestro ánimo, sino que también nos conectan con un propósito más grande que nuestras preocupaciones diarias.

Quiénes han experimentado la solidaridad de manera sostenida saben que el beneficio no se limita al momento del acto. La sensación de propósito que genera se prolonga en el tiempo, creando una especie de "memoria emocional positiva" que se reactiva cada vez que recordamos a quién ayudamos y cómo lo hicimos. Esta huella emocional funciona como un antídoto contra el vacío, la apatía o la desesperanza que, en determinados momentos, pueden colarse en nuestras vidas.

La investigación en salud mental confirma que las personas que practican la generosidad de forma regular reportan mayores niveles de satisfacción vital, menor presencia de síntomas depresivos y mejores relaciones interpersonales. Incluso se ha observado que el simple hecho de planificar una acción solidaria, antes de llevarla a cabo, puede generar un aumento en nuestro bienestar subjetivo. Esto ocurre porque nuestro cerebro interpreta estas acciones como una oportunidad de conexión y de sentido, activando mecanismos biológicos que reducen el estrés y nos predisponen a un estado emocional más equilibrado.

Pero la solidaridad también tiene un componente social que la hace particularmente valiosa en el contexto actual. En un país que enfrenta desafíos económicos, sociales y de salud mental de manera simultánea, fortalecer los vínculos comunitarios es más que un ideal: es una necesidad urgente. Las redes que se forman a partir de actos solidarios, sean grandes o pequeños, funcionan como verdaderos sistemas de apoyo, capaces de amortiguar el impacto emocional de las crisis. En este sentido, ayudar no es un lujo, sino un recurso que nos protege a todos.